

El patio de una casa de fundo, en un día domingo. Algunos visitantes organizan una tocata en honor de los dueños de casa.

# Así era Santiago en 1810

DESCRIPCION DE SANTIAGO DEL SIGLO XVIII

Escribe Samuel B. Johnston, inglés que permaneció tres años en Chile, quien no ocultó nunca su admiración por nuestra tierra. De una de sus cartas entresacamos estas líneas:

"La Recova de Santiago merece mencionarse, tanto por su abundancia como por su baratura. En ella se presenta diariamente la más excelente vianda y caza, y los días viernes el pescado. Un cordero entero puede comprarse en unos treinta y siete y medio centavos, la carne de vaca por dos centavos la libra y un par de patos gordos o pellos, por doce y medio centavos.

El mercado ocupa un amplio espacio descubierto, como de unas quinientas yardas por costado. Hacia el norte está edificado el palacio, edificio realmente soberbio, de tres pisos con tres torrecillas; en el ala izquierda está la cárcel y en la de la derecha el antiguo palacio, edificio bajo y de pobre aspecto, levantado en 1714 por Guzmán, el Presidente que entonces gobernaba, y está ahora converti-

En vísperas de la celebración del aniversario patrio, "En Viaje" quiere ofrecer a sus lectores una visión, muy breve por cierto, del Santiago del 1810, cuando Chile se había puesto de pie para pelear por su independencia.

Vamos a presentar ligeros esbozos sobre nuestra ciudad, señalando algunas costumbres de sus habitantes y sobre el ambiente de la capital, donde ya estaba madurando la revolución que iba a poner fin al dominio de España.

Son éstas, breves notas evocadoras de un Santiago, ya muy lejano y perdido en la neblina del tiempo.

do en oficina para los escribientes subalternos de la administración.

En el lado poniente se encuentra la nueva Catedral, toda de piedra, y ha de tener, una vez terminada, cerca de doscientos altares. Hace cincuenta años que se empezó y sospecho que se necesitarán de otros cincuenta

para que quede terminada del todo, pues los sacerdotes están pidiendo siempre dinero para terminarla. A la derecha del tem-plo está el palacio obispal, con hermosas arcadas en su frente. Del lado del sur está el edificio municipal, hermosa construcción, con pilares que sostienen un balcón que se extiende por todo el largo de la plaza; en el piso bajo se encuentran almacenes de géneros, y el interior del edifi-cio lo ocupa la fonda, sitio inferior, en cuanto a limpieza y comodidad, a nuestras posadas de campo; del lado oriente se hallan las carnicerías.

La amplia plaza la llenan los vendedores de verduras y comerciantes de toda especie, que llevan allí a vender sus efectos, y en su conjunto reviste un aspecto grotesco, no distinta a una feria de Inglaterra; en el centro hay una maciza pila de bronce; pero sin arquitectura; y la plaza entera, despejada al intento, forma un campo de maniobras elegante, en la cual podrían ser revistados diez mil hombres".

### LOS SANTIAGUINOS

Ahora es otro viajero, don Samuel Haigh quien; durante su





Damas de nuestra sociedad osisten a una misa en la Catedral, provistas del clásico manto chileno.

primera visita a Santiago, quedó admirado de las mujeres santiaguinas. Dice: "Son muy bonitas, con el cutis mejor que todas las mujeres que he visto en Sudamérica; algunas tienen ojos azules y pelo obscuro; tienen muy buen humor y son amables".

Luego, Mr. Haigh, prosigue: "Los habitantes de Santiago tienen muy pocas diversiones; pe-

ro muy agradables.

Los domingos y días festivos, la gente se reúne como a una milla del pueblo, en el extremo del Tajamar, a su entretención favorita, las carreras de caba-llo; en estos días de fiesta las niñas van al Tajamar, muy elegantes, en sus calesas, arrastradas por una mula, con un negro o mulato que la cabalga. Los carruajes se arreglan, todos en una fila, a un lado; los caballeros hacen gala de sus conocimientos ecuestres. Muchos de los peatones también se pasean por el Tajamar, que no es, ni con mucho, el paseo más agradable de Santiago; un camino ancho y recto, como de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escaños de piedra y que ambos lados del camino están sombreados por árboles siempre verdes. A la entrada hay un gran puente. La cordillera, que es paralela al camino le da, por las tardes, una magnífica variedad de colores, producidos por los reflejos de los últimos rayos del sol poniente sobre los picachos de las montañas".

## UNA CASA SANTIAGUINA EN 1822

Ahora es Gabriel Lafond du Lucy quien, en su primera visita a Santiago, recibió una fuerte decepción: "Me desagradó—dice— y me hizo la impresión de una ciudad monótona, en la que todo debía ser triste y aburrido. Invitado a la casa de don Juan José Mira, el viajero des-

cribe lo que era una casa chilena en esa época.

La servidumbre —escribe nuestro viajero— se componía de muchos esclavos blancos y negros, porque en Chile hay esclavos blancos, a pesar de estar abolida la esclavitud; pero en varias familias patricias quedan algunos que son considerados como de la familia.

Los hombres —apunta a continuación— tenían a su servicio dos o tres sirvientes traídos del campo, llamados peones. A éstos se les confiaba el cuidado de los caballos, acompañando también a los patrones en los frecuentes viajes a las haciendas. Los visitantes no penetraban jamás a los patios interiores y no los visité sino que mucho tiempo después de haber sido presentado a esta familia, por la cual he conservado y conservaré toda la vida un afecto de corazón. La vida era muy regular. Por la mañana, muy temprano, se servía el mate, a las ocho o nueve, y el chocolate con tostadas, mantequilla y galletas. Esta comida se tomaba en el dormitorio, en el salón o comedor, o donde uno se encontrase. A las dos todos se reunían a almorzar. Después venía la siesta y en seguida una distribución de chocolate o mate. Llegada la tarde, todos, hombres y mujeres, rezaban el rosario y servíase nuevamente mate. Las diez de la noche era la hora de la cena. Como se ve, el día no estaba mal distribuido en lo que a la parte culinaria y gastronómica se refiere, y gracias al clima, al aire frío de la cordillera, los estómagos en Santiago funcionan admirablemente, sin que haya que temer indigestiones".

#### EL PRIMER TEATRO DE SANTIAGO

En sus "Recuerdos del Pasado", don Vicente Pérez Rosales trae algunas noticias sobre los albores de nuestro teatro. "Todavía —dice— los títeres, verdaderos precursores del teatro, casi ocupaban, por entero, su lugar. En esa época, lo único que se representaba eran unos autos sacramentales que tenían como escenario los conventos.

Siempre entraba en estas composiciones religiosas algo así como esto:

Yo soy el ángel que vengo de la celestial esfera, mandado del mismo Dios para hacerte cruda guerra.

Esto lo decía, con voz bronca, un personaje que representaba a San Pedro o San Gabriel.

Existía, por esa época, "la chingana de ño Borja", donde también se representaban algunas obras teatrales, hasta que llegó el activo caballero de ese tiempo, don Domingo Arteaga, quien, el año 1818, construyó el primer teatro en la calle de las Ramadas, trasladado el año 1819 a la de Catedral y colocado de firme el año 1820 en la antigua plazuela de la Compañía. Públi-



Un típico rancho de mediados del siglo pasado, ubicado en lo que en csa época se llamaba "El Camino de Chile", hoy calle Independencia.

co y actores eran muy ingenuos; en los simulacros de batallas tomaban parte activa los espectadores; en los bailes de afuera tamboreaban y si uno hacíase el escondido y otro parecía buscarlo inútilmente, nunca faltaba quien lo ayudase desde platea, gritándole: "debajo de la mesa está". Recuerdo dos hechos característicos. Una vez fué pifiada la afamada cómica Lucía; ella, con la mayor desenvoltura, increpó a quienes la ofendían, lanzando la más puerca palabra que puede salir de boca de una verdulera. Fué llevada a la cárcel; pero al domingo siguiente se presentó de nuevo en la sala y, mediante un "cogollo" que ella preparó, recibió una cariñosa ovación"

Pérez Rosales nos cuenta otras anécdotas de nuestro primer coliseo que, como ya lo hemos dicho, empezó a funcionar el año 1818.

#### LAS CHINGANAS

José Zapiola, aquel magnifico cronista de principios del siglo pasado, describe así las chinganas de Santiago:

"Las más antiguas que hemos conocido, entre otras, son las de ña Rutal y la de doña Teresa Plaza. Esta era la chingana jefe. En su primer tiempo estuvo situada en una calleja entre el Tajamar y la Cañada.

Las chinganas de esta especie, y al aire libre, sólo funcionaban durante el verano; pero en todo tiempo las había en todos los barrios, y si no nos equivocamos, hubo un ministro que, con toda seriedad, reglamentó el



La Recova, donde se negociaban los productos de la tierra y se vendían al pueblo zapatos, vestidos y géneros.

modo y los días que debían funcionar. Así se mantuvieron, más o menos decadentes, hasta que llegaron a Santiago las famosas Petorquinas. Después de este acontecimiento, Santiago se llenó de chinganas, y en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro y en la calle Duarte, en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino.

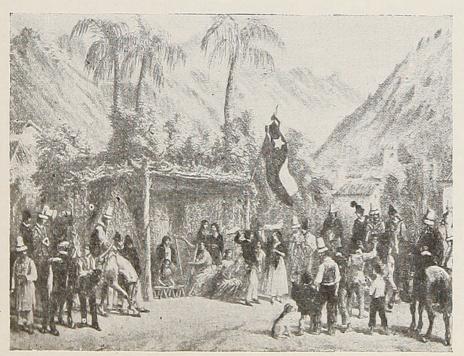
Las Petorquinas, así llamadas por el pueblo de donde venían, eran tres. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los Baños de Gómez, en la calle Duarte".

#### LA CAÑADA DE LA CHIMBA

Escribe Justo Abel Rosales y dice sobre este antiguo barrio: "La Cañada de la Chimba fué el único camino que los santiaguinos tenían para ir a España, el Perú y a Charcas (hoy Bolivia), las tres jornadas más largas de esa lejana época y, en consecuencia, por ahí entraron también los capitanes generales, obispos, oidores, monjas y frai-les, clérigos y militares, venidos de todos los puntos de la tierra, a perfeccionar su vida ascética algunos; a cumplir órdenes superiores otros, y a hacer bribonadas los más, llegados a la monótona Santiago, por entre los tapiales o cercas que fijaban el ancho de esa vía pública.

Este mismo camino fué el trajinado desde Valparaíso, por los extranjeros, navieros o simples marineros que, en escaso número, solían venir a entablar sus gestiones sobre la carga o descarga de sus navíos, cuando la Aduana estaba en Santiago".

Una chingana de la época de la Independencia, ubicada en las afueras de Santiago, concurrida por "futres" y gente del pueblo.



# EL HOTEL DEL SUR

Cuenta don Julio Vicuña Cifuentes que, en el período de la Independencia, existían en el barrio de la Estación Alameda varias posadas de mala muerte, presididas por otra mayor, el famoso Hotel del Sur, de pecadora y regocijada fama.

Ocupaba un viejo caseron de un piso, encalado de azul, tal vez de media cuadra de frente, edificado en parte del terreno, en que después se construyó el Portal Edwards. Cuando una muchacha se perdía, el primer paso de los que la buscaban era en dirección del Hotel del Sur.

Cuando un empleado infiel se fugaba de su pueblo, o algún muchacho provinciano abandonaba el hogar, si había la más remota idea de que se hubiese venido a Santiago, en el Hotel del Sur se hacían las primeras pesquisas.